

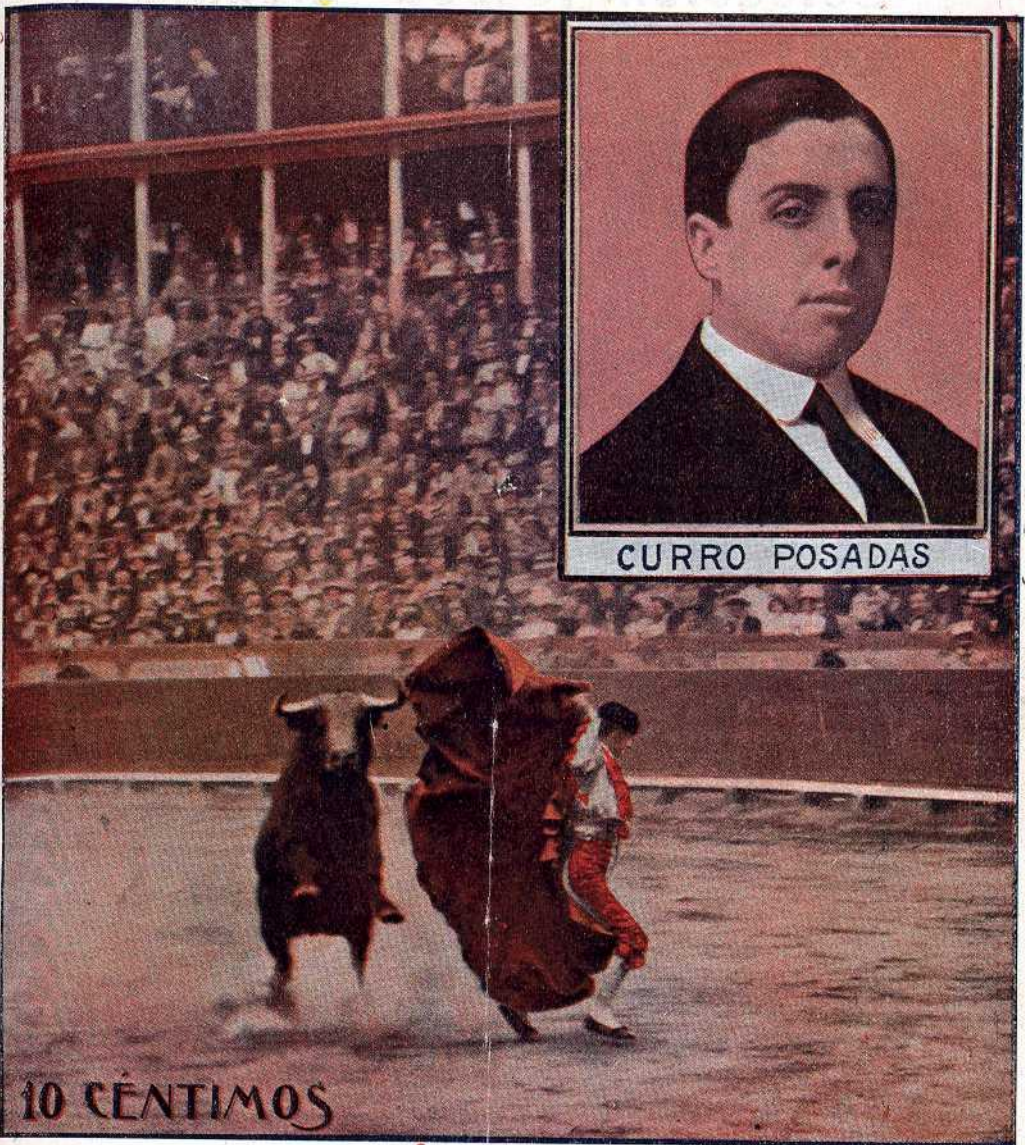
(5)

LOS REYES DEL TOREO

SÉGUNDA ÉPOCA



CURRO POSADAS



10 CÉNTIMOS

Colección jocosa - picante

La biblioteca más a propósito para la gente regocijada y de buen humor, no hay duda que la constituye esta COLECCION JO-COSA-PICANTE, y buena prueba de ello la da el éxito que ha merecido desde su aparición.

Una alegría sana, un estilo gentilmente desenfadado, siempre malicioso y de tono subido sin caer en la chocarrería pornográfica de la mayoría de esta clase de obras, son la tónica de esta COLECCION, cuyos títulos y autores han sido escrupulosamente elegidos entre los clásicos y las más regocijadas plumas modernas.

TITULOS PUBLICADOS:

CUENTOS PICANTES

por el Abate Verdirrojo.

Novísima edición corregida y aumentada. Forma un elegante tomo, tirado en magnífico papel verjurado, y exornado con 25 dibujos de V. Tur.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL OJO DEL C...

por D. Francisco de Quevedo.

LOS CUENTOS MAS PICANTES DE BOCCACIO

TOMOS PUBLICADOS RECIENTEMENTE:

EL LIBRO VERDE

por D. Francisco de Quevedo.

LOS EPIGRAMAS MAS PICANTES DE LA LENGUA CASTELLANA

LOS CUENTOS MAS PICANTES de LUIS XI

Cada volumen forma un elegante tomo, tirado en buen papel con cubierta a dos colores.

Cada tomo: 50 cents.

Estos libros se envían a vuelta de correo a quien los desee mediante el envío de su importe, el cual se puede enviar por Giro Postal o en sellos de franqueo.

Francisco Posadas y Carnerero

Para el viejo amigo y notabilísimo re-
vistero taurómaco Juan Franco del Río,
con un abrazo.

EL AUTOR.

I

Puede decirse que en Barcelona se hizo su fama y de Barcelona se extendió a toda España, pues aunque desde 1909, que vistió por primera vez el traje de luces en Sanlúcar la Mayor, venía toreando y destacándose sobre sus compañeros hasta que en 1911, se presentó en la plaza vieja de la ciudad condal, su nombre que apenas había sonado.

De él se sabía, que era hermano menor del infortunado y malogrado Faustino Posadas, el excelente torero que en los comienzos de su carrera, pero cuando ya era para los aficionados más que una esperanza una realidad, murió trágicamente en la plaza de Sanlúcar de Barrameda, a consecuencia de las heridas que le infirió el toro *Agujeto*, de don Eduardo Miura, en la tarde del 22 de Agosto de 1907.

Eso era lo que sabíamos del novel espada Currito, y que, aunque no tan fino como su hermano, demostraba relevantes condiciones para la lidia de reses bravas, y como matador era más seguro que el difunto Faustino.

Su aparición en la plaza de la Barceloneta, fué un gran éxito, y

durante toda la temporada de 1912, el joven novillero uno de los más mimados del público, alternando en numerosas corridas con *Torquito*, *Celita*, *Larita*, hasta que lo hizo con Belmonte, consiguiendo que los buenos barceloneses le concedieran, por aproximación, el título de *fenómeno*, y con él recorriera buen número de plazas de España, formando pareja en muchas con Juan, hasta que ya en 1913, fué el compañero insustituible, consiguiendo un cartel envidiable, que lo colocó a la cabeza de los novilleros, por la brillante campaña que en general realizó.

Para que el lector sepa a que atenerse, al respecto, hela aquí toda, puntualizada por *Dulzuras*, en su libro *Toros y Toreros* en 1913:

«POSADA.—Este joven, que ahora se apellida Posada y antes era Posadas, fué el primer doctor de año y tomó la investidura de manos de Antonio Fuentes, en la plaza de Pamplona, el día 13 de Julio con el toro *Receloso*, número 13, berrendo en negro, del Duque de Tovar.

Había hecho una brillante temporada el año anterior, y quedó para el 1913, formada la pareja de él y Belmonte, en espera de contratos por centenares, y cuando empezó la campaña estaban solicitados por todas las empresas.

Desde el 16 de Febrero, que empezó, hasta el 6 de Julio, tomó parte nada menos que en 36 corridas, en las que mató 90 novillos.

La primera, ya dicha, fué en Barcelona, y el 23 de dicho mes toreó en Valencia; en Marzo, toreó: el 2 en Barcelona, 9 en Valencia, 16 en Tolouse, 19 en Barcelona, 23 en Bilbao, 26 en Madrid y 31 en Sevilla; en Abril: el 6 en Sevilla, 10 en Madrid, 13 en Bilbao, 20 en Valladolid, y 27 en Santander; en Mayo: el 1.º en Valdépueñas, 3 en Aracena, 4 en Sevilla, 7 en Alicante, 9 en Ecija, 10 en Huelva, 11 en Sevilla, 13 en Osuna, 15 en Los Barrios, 17 en Linares, 20 en Ronda, 29 en Granada y 30 en Córdoba; en Junio: el 8 en Valencia, 10 en Madrid, 11 en Valencia, 12 en Madrid, 14 en Logroño, 15 en San Sebastián, 22 en Murcia y 29 en Linares, y la última novillada fué la del 6 de Julio en Burdeos.

Con Belmonte alternó en 20 de las 36 corridas, y a pesar del ruido del compañero hizo un excelente papel, ganando muchas tardes la pelea especialmente en Madrid, donde quedó bien generalmente y verdaderamente superior el día 12 de Junio, en cuya tarde, por lesiones del compañero, se mató seis toros de D. Esteban Hernández, en forma superior, llevando bien el peso de la corrida en quites y brega, y superando su trabajo de uno en otro toro hasta que logró salir en hombros a la calle de Alcalá.



Esta fué la última corrida que le vimos aquí y dejó gratisimo recuerdo, pues que en las anteriores se mostró un buen estoqueador y excelente torerillo.

Sa labor de matador de toros fué la siguiente:

El 13 de Julio, en Pamplona, al toro de la alternativa le dió un

pinchazo y una estocada, y al sexto una superior, siendo ovacionado. Además de Fuentes, le acompañó «Lagartijillo chico».

Fué a Barcelona, el 20 con Fuentes, y mató tres de Antonio Guerra: de tres pinchazos y un descabello su primero; de media estocada, un pinchazo y un descabello su segundo, y de una estocada buena el último.

El 25, en Jerez, toreó una corrida mixta con «Zapaterito» y «Abaito», y mató dos toros de D. Gregorio Campos, de dos pinchazos el primero y de media tendida el otro.

Otra mixta toreó en La Línea el 27, con «Ale» y «Larita», despachando dos de Urcola, cada uno de dos pinchazos y media estocada.

El 3 de Agosto, en Barcelona, con Fuentes y «Torquito», mató muy bien dos toros de Tovar, y ganó justas ovaciones. También puso un gran par de banderillas.

El 5, en Vitoria, con Joselito el (Gallo), toreó ganado de Peláez, y también tuvo una gran tarde, especialmente en dos de los toros que le correspondieron; uno de los cuales fué un portento de nobleza y bravura. Dió dos grandes estocadas, y en toda la tarde no cesó de escuchar aplausos.

El 15, en Almendralejo, con «Limeño», toreó Morenos Santamaría, y empleó, con el primero un pinchazo y una corta, con el tercero una superior y con el quinto dos medias.

El 17, en Sanlúcar, toreó Veraguas, con «Bienvenida» y estuvo mal en los tres.

El 26, en Almagro, con «Gallito chico», mató tres de Nandín, de tres medias y dos descabellos, siendo sacado en hombros.

Con «Gallito chico» y «Limeño», en Linares, el día 28, estoqueó dos de Nandín, de dos medias su primero y de media muy buena el quinto.

El 31, toreó en Puerto de Santa maría, con «Bombita III» y Gaona, ganado de Garvey; a uno le dió tres pinchazos y al otro dos medias y un descabello.

Con «Gallito», alternó en Andújar el 10 de Septiembre, y dió muerte a tres de Nandín. A su primero le dió un pinchazo y una superior; a su segundo una en la suerte de recibir (*Ovación*), y al sexto un pinchazo y una superior.

En Albacete, el 11, toreó con Paco Madrid, ganado de Halcón, matando sólo dos, pues fué lastimado por el sexto. Una estocada superior dió a uno y dos pinchazos y dos medias al otro.

El 23 fué a Oviedo, con «Bombita III» y «Manoleta», y dió muerte a dos de Anastasio Martín, de una estocada superior a uno y de un pinchazo y media al otro.

En Bayona mató el día 25 un toro de Braganza acompañado de «Chiquito de Begoña». Fué una corrida mixta de tres toros y dos para rejones.

La última que toreó fué en Sevilla, el 28 de Septiembre, con «Gallo» y «Bombita III». Al torear de muleta a su primero, de Pablo Romero, fué cogido y resultó con una grave herida en la cara, a consecuencia de la cual no pudo torear las corridas que le quedaban para terminar, ni tampoco pudo cumplir su contrato de Méjico.

Como matador de toros trabajó en 16 fiestas y mató 35 toros».

Posadas, lo hace todo, todo lo que ha visto hacer con los toros, pero todo lo hace sin acusar esa personalidad que es la que en breve tiempo crea una fama.

Veroniquea, en ocasiones muy bien; se echa el capote a la espalda y lancea con soltura; en quites está valiente y es su repertorio variado; le he visto realizar muy valientes y vistosas faenas de muleta, entre las cuales recuerdo una que ejecutó con un novillo de Santa Coloma en Sevilla, no obstante cojear por haberle cogido antes el bicho, y otra muy lucida en la plaza de las Arenas en el presente año (1914), alternando con Joselito, en la muerte de seis toros de Antonio Guerra.

Como matador es decidido, y como en ser decidido estriba el secreto y ahí está todo el arte, es un estoqueador seguro, todo lo seguro

que cabe en un trance tan fortuito, y en el que tanto interviene la casualidad.

Tales son sus características.

Yo no se como un torerito joven y deseoso de gloria, como es Curro Posadas, no se ha aventurado a resucitar alguna de las suertes antiguas, de tanto lucimiento, y olvidadas ahora por completo.

¿Por qué no *gallea al bu*, ningún torero ahora?

¿Por qué no se dan los lances *al costado por delante*, como Gaona da los *al costado por detrás*?

Seguramente porque no lo han visto hacer a nadie; pues eso de leer libros de tauromaquia, lo tienen los toreros como a desdoro y se jactan de no haber leído ninguno.

Sin embargo, con la explicación que esos libros dan, y las modificaciones que ensayando las suertes en los tentaderos pudieran introducir según su sagacidad, facultades y temperamento, acaso ganasen luego muchas ovaciones, como Gaona ha hecho y ha podido comprobar.

Por si al joven Posadas se le ocurre intentarlo, y para evitarle la la molestia de que lo busque en otro sitio, en este folleto que la curiosidad seguramente le hará hojear, quiero copiar la descripción de unos lances que yo le garantizo que habían de aumentar su cartel, si se decide a hacerlos. Helos aquí:

Suerte al costado.—Esta suerte, a la que algunos impropriamente llaman ahora *gaonera*, sin tener en cuenta que ya en tiempos del célebre Francisco Montes, se ejecutaba, y él la define en su *Tauromaquia*, se hace de dos modos, con la capa por delante y con la capa por detrás.

Con la capa por detrás, que es como la ha resucitado Gaona, se hace poniéndose el diestro en suerte de costado, con el toro y mirando hacia el terreno de dentro. Pasado un brazo por detrás, y con el otro perfectamente extendido, agarra la capa con la mayor parte del vuelo del lado del toro. Esta posición es muy airosa y se debe tener mucho

cuidado en conservarla hasta que el toro llegue a jurisdicción, e igualmente en perfilarse mucho con la capa para que no pueda absolutamente ver más que un objeto sin distinguir el cuerpo, lo cual es muy importante para el buen éxito de la suerte.

Puesto el diestro de este modo, citará al toro, dejándolo venir por su terreno, y así que llegue a jurisdicción le cargará la suerte, dando dos o tres pasos para ocupar la parte del terreno de adentro que va el toro dejando, con lo cual se le presenta de una vez toda la capa, se le echa del todo fuera y se remata como en las verónicas.

De *costado por delante*, se ejecuta lo mismo, sólo que en vez de pasar una mano por detrás de la espalda, se la tiene delante del pecho.

Galleos.—De todos el que ha conservado ese nombre, es el llamado del *bú*, que consiste en ponerse la capa del modo natural, marchando hacia el toro como para un recorte, y al estar en el centro se abren y agachan los brazos, haciendo el quiebro en el puesto en que el toro está humillado: hecho éste se vuelven los brazos y la capa a su anterior posición, porque ya se está fuera.

Otro galleo se hace cogiendo la capa de igual modo que para la suerte al costado, encaminándose el diestro al toro, describiendo una curva cuyo fin es el centro de la suerte, y concluye como recorte.

Se hace otra especie de galleo con el capote recogido en la mano del lado que primero ha de presentarse al toro, y llegado al centro de los quiebros, se le acerca para que humille, en cuyo acto toma el diestro la salida y muda el capote a la otra mano, haciendo un quiebro de cintura, con lo que el bicho pasa humillado, por su espalda y la cabezada la tira fuera. Se realiza este lance, también, valiéndose de un sombrero o montera.

Si de las suertes de capa pasamos a las de banderillas ¿por qué ningún banderillero actual, meto también a los matadores que banderillean, no intenta el par *a topa carnero* o el par *al recorte*?

Porque són muy difíciles, además de las razones expuestas antes.

He aquí, como se ejecutan, y vea Pósdas si son de su agrado:

«*A topa carnero*.—La suerte de parear *a topa carnero*, en desuso hoy, apellidada también de pecho o a pie firme, es, a no dudarlo, de las que ofrecen mayor dificultad en su ejecución. El lidiador que la intente se situará a buena distancia del toro, y cuando éste le mire le llamará, alegrándole para que parta: le esperará con los pies quietos, y al humillar el animal para dar el hachazo, en la misma jurisdicción del torero, se saldrá éste del embroque, no sólo por un quiebro del cuerpo, como dice Montes, sino por un compás quebrado hacia atrás, como asienta García Baragaña, en sus *Reglas para torear a pie*; con cuya locución parece indicar un paso con el pie correspondiente hacia donde el banderillero crea más seguro. El diestro meterá los brazos fuera del embroque, y moviéndose muy poco o nada, debe quedar en su mismo sitio observando el viaje del toro, lo cual es de un efecto mágico y de merecido e infalible aplauso».

«*Al recorte*.—Es un par de banderillas, que, como el *a topa carnero*, no se ve hoy por ser de mucha exposición.

El diestro que haya de consumarla se irá al bicho como para hacerle un recorte, y en el momento del quiebro, en que estará humillado, meterá los brazos para clavar las banderillas. Al hacer el quiebro de cuerpo, necesario para esquivar el derrote, retrasará la salida, quedándose casi pegado al costado del toro, y al tirar la cabezada, el mismo animal se clava los palos, toda vez que el lidiador tendrá la mano del toro vuelta atrás con el codo alzado, y la otra pasando por delante del pecho en la longitud suficiente a que las puntas de ambas banderillas se igualen».

No se si habré convencido a Curro, con estas insinuaciones; lo probable es que sonría y pase.

Válgame la intención cuando menos.

II

Curro Posada, como familiarmente le llama la afición, nació en Sevilla, el 22 de abril de 1894.

Era su padre un conocido labrador, muy bien relacionado en la capital andaluza, y cuando reveses de fortuna lo dejaron casi en la miseria, obtuvo el puesto de guarda de la dehesa de Tablada, donde como es sabido eran llevados antes los toros que habían de jugarse en la plaza, como ahora ocurre con Tabladilla.

Si en Sevilla, es aspiración de todos los chavales ser torero, con mayor motivo había de serlo la de Curro, que nació y se crió entre toros; y ya en su adolescencia, los triunfos de su hermano Faustino, le embriagaban, aunque más tarde la catástrofe viniera a enfriar sus entusiasmos.

El lector de estos folletos, por ellos y por lo que en otros lados ha leído u oído, sabe de memoria que los principios de todos los toreros son iguales: tentaderos, capeas, hambres, coscorriones, caminatas por las carreteras, viajes sin billetes en ferrocarril, invasión de melonares y viñas, persecuciones de la guardia civil, de los guardas rurales, de los mayoresales de vacadas, etc., etc.; y le hago gracia de un relato, más o menos pintoresco, pero siempre igual, pues seguramente Curro Posada, habrá pasado por todas las contingencias de los azarosos comienzos, hasta que llegó esa tarde de 1909, antes mencionada, en que vistió el ansiado traje de luces en Sanlúcar la Mayor.

Posada o Posadas, desde el momento en que fué el compañero obligado de Juan Belmonte, se destacó como matador de toros seguro, y en comparación con el fenómeno, se encontró que su toreo de capa y muleta era menos *clásico*.

Juro que no se lo que se entiende por clasicismo en tauromaquia.

No ha mucho, el año pasado, escribía yo a este respecto:

«De donde ha podido salir este engendro, es una de las cosas que ignoro. Un torero clásico, y más si ese torero se llama Rafael Gómez Ortega, es una de las cosas más estupendas que pueda oír el que entiende algo de toreo y sepa lo que es clasicismo.

Un gran torero, es grande precisamente por su personalidad, mayor cuanto mayor sea su grandeza, y esa personalidad le hará creador no tan sólo de un estilo, sino de una escuela también. Si esto es así, y no es de otra manera, ¿cómo es posible que a un diestro que como *Gallo*, ha revolucionado el arte de torear, se le pueda llamar clásico?

Hice yo de este gran torero una biografía, y revelándome ya contra la sandez de llamarle *clásico*, le llamaré *romántico*. *Don Pío*, semanas después acogió el calificativo, yo le celebré infinito.

Si al llamar clásico al *Gallo*, en la palabra se le ha dado su verdadero valor, el valor que tiene en literatura, la equivocación es manifiesta. Romántico y muy romántico es el artista, que rompiendo moldes, haciendo caso omiso de reglas establecidas, torea como su inspiración le dicta y hace del toreo esa cosa especial que acaso sin pensarlo, o de un modo impreciso todos los públicos ansiaban.

Torear derecho, torear con los pies juntos, no es torear clásicamente, es torear bien, es torear estéticamente, porque en el toreo como en el baile, la compostura de la figura es cosa esencialísima, ya que el arte de torear no se limita a la lucha del hombre con la fiera, como algunos *clásicos* han sostenido, ni tiene como moraleja la supremacía de «la inteligencia» sobre la «fuerza».

El toreo es algo más: es gracia, es donaire, es en una palabra, «esa mímica feroz y trágica, que entre el boxeo y el baile, clasificó Menéndez Pelayo, al darle un lugar en las artes.

No hay pues grandes toreros clásicos, no lo han sido ni lo son Lagartijo, Fernando el Gallo, sus hijos Rafael y José, ni Fuentes, ni Belmonte, ni nadie de los que en su profesión han destacado. No hay

tal clasicismo, ni es verdad que existan escuelas *rondeña* ni *sevillana*.

En aquellos tiempos en que el toreo estaba en sus comienzos, hubo un torero de Ronda, Pedro Romero, que paraba y mataba los toros *recibiendo*; y otro de Sevilla, Joaquín Rodríguez Costillares, que era más alegre toreando, e inventó la suerte de *volapié*; que entonces se hablara de Ronda y Sevilla, pase; pero que luego, que de la propia escuela de Romero, hayan salido un Domínguez y un *Cúcharres* y un Montes, y que se siga hablando de clasicismos, escuelas, et-cétera, ya no se puede admitir.

Si Bufón dijo, hablando del escritor, que el «estilo es el nombre», refiriéndose al torero aún es más exacta su frase. No se es gran torero sin un estilo propio, revelador de esa personalidad, que en esta como en todas las artes, es condición imprescindible para destacar.

Toreros clásicos, lo he dicho y lo volveré a repetir, son los medianos, y esos *clásicos* que ejecutan lo que han visto ejecutar, tal y como lo han visto, cuando llegan a hacerlo bien, son el *Cocherito de Bilbao*, ese *Cocherito* enigmático para muchos, que dando lances de capa perfectos, toreando muy bien de muleta y agarrando buenas estocadas, no llega no puede subir la cuesta que conduce al pínaculo. Le falta *salsa*, dicen unos; no, le falta personalidad, es la fija, ha nacido para *clásico* en un arte en el que sólo los *románticos*, en lo que tiene el concepto de revolucionario, logran sobresalir.

¿Está conforme conmigo el lector, si es que el lector sabe lo que es clasicismo?

No... Pues lo siento».

No, Posadas, no es *clásico*, como no es clásico tampoco Belmonte, como no lo es ningún torero con personalidad, en una profesión que la personalidad es el todo, y donde para el tal clasicismo ha faltado y falta la *clase*, la escuela, el método, que ate corto el individual impulso de cada ejecutante, en un arte que puede llamarse intentivo, como ese mismo Belmonte, lo ha venido a demostrar.

Los lances de Belmonte, de Rafael el Gallo, etc., podrán llegar a ser clásicos, con el tiempo, pero ahora, en el momento actual, ¿de dónde, si ellos son los primeros en ejecutarlos, les ha de venir el clasicismo?

Se dirá que las faenas de muerte con la izquierda, son clásicas, por que con sólo esa mano preceptúan los antiguos que debe torear; pero ese mismo *clasicismo*, deja de tener la autoridad que se le supone, si se tiene en cuenta lo que era la lidia de toros en aquellos tiempos, y lo que es en los nuestros.

Torear con pases naturales y de pecho, observando las reglas establecidas, sólo es factible con toros bravos y exentos de toda querencia, o lo que es lo mismo, bravos de una vez. A un toro que se *acueste*, del lado izquierdo o que se defienda en las tablas o tome simplemente la querencia de ellas, hay necesidad de pasarlo con la derecha. Si no hay posibilidad de torearlo con la izquierda, *clásicamente*, es preciso hacerlo con la derecha, pero como *recurso*; y esto que a los antiguos les parecía bien, no lo toleran los modernos, enterados como están, de que con la mano derecha se hacen faenas muy lucidas y vistosas, aunque no sean *clásicas*, y por lo tanto esas faenas exigen y hay que hacer, riéndose del clasicismo, que en un 90 por 100 de toros, sería de un insoportable aburrimiento.

¿Y qué me dicen ustedes del *clásico*, pase natural ocupando el torero el terreno de fuera y el toro el de dentro? Es decir, ¿ejecutar esa suerte con los terrenos cambiados y contra todo lo preceptuado? ¿Y dar en seguida el pase de pecho? O sea, deshacer lo que había quedado bien hecho, puesto que al dar mal dado el pase natural, el toro había ocupado su terreno, y al secundar con el de pecho, vuelven a hallarse fiero y diestro con los terrenos cambiados.

Convengamos que todo eso del clasicismo es una tontería más de las muchas que están en circulación, y habremos convenido en algo discreto.

La tauromaquia ha evolucionado desde Francisco Romero, hasta Joselito a impulsos de la decena de grandes figuras que han aparecido en el transcurso de los dos siglos aproximadamente que tiene la fiesta, como espectáculo público, con toreros profesionales, de existencia; y en todas las épocas ha habido junto al toreo serio, el toreo movido, al lado de un Pedro Romero, un Pepe-hillo, un Cúchares, compitiendo con un Chiclanero, un *Gordito*, con un *Tato*, un *Lagartijo*, con un *Frascuero*, excepto cuando se ha destacado un Montes, un *Guerrita*, un *Gallo*, que han sido centro único de atracción, y en su arte han tenido que fundirse todos los conatos de sus contemporáneos.

Perdone el lector la digresión, y volvamos al punto de partida.

Quedamos, pues, en que Posadas, no es menos, ni más clásico, que Juan Belmonte, y que en realidad de verdad, hasta el presente, tan sólo puede clasificársele como un torero apañadito, que hace cosas muy bien, pero que necesita vigorizar su personalidad si ha de ocupar el puesto a que sus partidarios y amigos le creen llamado.

¿Cómo se vigoriza esa personalidad?

No hay recetas para ello.

Sin embargo, es posible conseguirlo, como en las Bellas Artes ocurre, en defecto del genio con la aplicación del talento y de la perseverancia, de la voluntad, a ese objeto, consiguiendo el absoluto dominio de la técnica, ejecutando de un modo impecable.

Antonio Fuentes, torero corto, nada genial, tiene su puesto, y un puesto, elevado en la tauromaquia, por haber llegado a practicar media docena de suertes perfectamente.

Ese es el ejemplo:

La personalidad de *Bombita*, Ricardo, se destacó a fuerza de voluntad. Ricardo Torres, no ha sido un torero propiamente dicho; Ricardo Torres, ha sido un hombre inteligente que ha aplicado esa inteligencia a la lidia de reses bravas.

Para brillar y lucir, no hizo más que aplicar, que adoptar, mejor

dicho, el toreo a sus facultades, y toreó como los demás, hizo lo que los demás, a su manera, queriendo hacerlo, por *voluntad*.

No es ese el caso de *Lagartijo*, el grande, de *Gallo*, Rafael, que fueron lo que fueron sin proponérselo, sin casi darse cuenta de ello.

En el compañero de Posadas, en Belmonte, se repite el caso. Este, como los dos antes citados, como alguno más, pertenece al número de los toreros *por la gracia de Dios*, y como en su formación nada más que la *gracia de Dios*, intervino, hay que aceptarlos como son, so pena de rebelarse con el Supremo Hacedor que así le plugo hacerlos.

Aunque sea inconscientemente, de un modo tan positivo está el público penetrado de esto, que ni en los tiempos de *Lagartijo*, ni luego en los de Rafael, el *Gallo*, ni ahora en los de Belmonte, ha habido para esos diestros, después de una indignación pasajera, ese rigor que se adopta con los que, no *ungidos*, son responsables de sus deficiencias como cualquier hijo de vecino.

Posadas que es de éstos, de los no *ungidos*, necesita hacer mucho, poner toda su voluntad a prueba, y si eso hace, suyo será el triunfo.

III

La biografía de Curro Posadas, con un año de matador de toros y dos de novillero, no puede ser en realidad mucha, y más si se tiene en cuenta que más de la mitad de su historia va unida a la de Juan Belmonte, la cual ya tenemos relatada.

En su favor puede consignarse que en todo el tiempo que con el

fenómeno actuó, fenómeno, aunque sólo fuera por aproximación, proclamaba la gente al niño de Tablada también.

Al aparecer en Madrid el 26 de marzo de 1912, no causó menos impresión Posadas que Belmonte, y ahí está para confirmarlo un biógrafo de este al decir:

«Eran por entonces figuras principales en la grey novilleril, Gallito el chico y Limeño, que ya de tiempos atrás formaron la cuadrilla de Niños Sevillanos. Frente a ella nació otra combinación admirable y sabia: Belmonte y Curro Posadas.

Un día cayó herido Limeño, Belmonte andaba maltrecho de mal de amores y Joselito sólo admitió como compañero a Posadas, para sustituir al herido en Cádiz. Y cuentan que dijo:

—Yo sólo puedo *atorear* con Posadas.

Los demás ¿qué eran para Joselito?

Pero si aquella corrida celebróse de tal modo, siempre fueron enlazadas las faenas de Belmonte y Posadas, como también enlazadas iban las de Joselito y Limeño.

Debutaron éstos en Madrid, y causaron absoluta complacencia y muchos llenos produjo la combinación a D. Indalecio Mosquera.

Pero llegó el 26 de Marzo, y los que fueron calificados de *fenómenos* por el público de todas las plazas de España, se presentaron en Madrid.

¿Cómo decir la expectación que la pareja despertaba?

En los despachos agotóse el billeteaje dos días antes de la corrida; estaciones antes de la Madrid, esperaban el tren en que venían los muchachos, fotógrafos y revisteros de periódicos diarios; *Heraldo de Madrid*, publicaba una gran fotografía de ellos en el pasillo del vagón que los condujo; se publicaron fotografías de los diestros en la fonda, en el café, en el cuarto de *Pastora Imperio*, que actuaba en Romea y a la cual fueron a saludar... Y así todo.

Todo estaba lleno de Belmonte y Posadas.

Y cuando llegó la tarde del 26 y en la plaza la multitud borboteaba

de entusiasmo y asistía a presenciar el memorable debut, el todo Madrid que bulle, vive, piensa o politiqua, Belmonte y Posadas sentían el calofrío de los momentos decisivos.

Se hizo el despejo. Salió un toro, otro, otro... Y el triunfo más clamoroso acogió a aquellos dos toreritos.

Admiraba la gente en Posadas un estilo de matador y su perfección en todas las suertes, pero en Belmonte, quedaba asombrada más que admirada. porque adivinó que aquella figurita, un poco contrahecha hacía cosas que hasta entonces no se habían hecho; toreaba de modo más clásico y emocionante; ejecutaba las suertes de un modo único».

Posadas ocupó su puesto dignamente, se codeó sin desdoro con el *Fenómeno*, y hubo tardes en que los aplausos fueron un mayor número para él.

Después de la alternativa, sin que su cartel decreciera, las corridas no fueron tantas, y como la cogida que sufrió en Sevilla el 28 de septiembre, le impidió acabar su campaña de 1913, y retrasar la de 1914, comenzada ya tarde, su nombre y su fama no han subido en la progresión esperada, en el año presente.

Curro, que tiene afición y ganas de llegar puede colocarse; para ello sólo necesita que la suerte le ayude y le salgan toros en que pueda lucir su toreo, porque si es verdad que existe un *Joselito*, que puede con todos, con los mansos y con los bravos, el caso es único, y bueno será que el público se percate de esta verdad.

Hace un año escribía yo a este respecto, y perdone el lector si abuso de estas auto citas, lo siguiente:

«Tengo la convicción, y no hay quien me apée de mi idea, que los «buenos aficionados» los «aficionados inteligentes» son la polilla de la fiesta de toros.

Un buen aficionado, un aficionado inteligente, por el hecho de serlo, es el hombre que tiene derecho a decir más tonterías, tonterías, que otros que van también para aficionados buenos, repiten, y no es poco el daño que con ello hacen al buen sentido.

No es de ahora, desde mucho, ha sientto inquina contra esos caballeros, que con tal de demostrar una suficiencia, y una mentalidad de *mono sabio*, pongo por buen aficionado, se empeñan en ver toros, y en hablar de toros, con ojos y lengua de toreros, que sin que yo pretenda quitarles nada, de su saber, son los opuestos al público, es decir los que han de considerar las cosas de su oficio desde un punto de vista que en modo alguno puede ser el del señor que desde el tendido va a admirar, no lo que técnicamente tenga más mérito sino aquello que más emoción le produzca, más placer, más gusto le dé.

En la presente ocasión, como era natural, esos «buenos aficionados» son los que desde el domingo por la noche, después de haberse entusiasmado como simples mortales por la tarde, andan diciendo.

¡Muy bien, soberbio, el *Gallo* en sus dos toros! ¡Pero yo lo hubiera querido ver con un par de reses broncas, duras y de malas intenciones!

Si a un *dilletanti* se le ocurriera decir que donde quisiera oír a la Barrientos, en el *Tanhausser*, haría reír a los que le escucharan.

Si un aficionado al drama hablara de que Simó Raso, hiciera el *Hamlet*, sería mirado con conmiseración, y si en fin en cualquier profesión a un hombre se le designara para ejecutar aquello para lo cual careciera de aptitudes, se miraría el hecho como un desacierto.

En los toros no ocurre así, y un «buen aficionado» no pierde su categoría por decir una enormidad como la que a diario se repite, y lo que es peor se ejecuta, pues por un lado las empresas con un criterio que no puedo alabar, y por otro los mismos toreros, por un mal entendido sentimiento de dignidad profesional se avienen a combinaciones que lo repito, en cualquier otro profesión se estimarían como verdaderos disparates.

¿Empresas y toreros, no tienen como ambición suprema el que el público se diviertan?

¿Excepto los «aficionados inteligentes», hay alguno que se divierte viendo a un buen torero, llámese *Gallo*, llámese Fuentes, llámese

Belmonte, pasando las *morás*, con un ladrón que gane en poder al diestro y lo lleve de cabeza?

La contestación la doy por recibida, y de conformidad con ella, sigo pensando y en mal aficionado pidiendo toros bravos y nobles para los que saben torear, que con toros así esos toreros hacen lo que el *Gallo*, ha hecho en las dos últimas corridas, esto es: sacar de quicio a la multitud, que no tuvo en cuenta la nobleza y bravura de las reses para llegar al rojo en su entusiasmo.

Lo confieso ingenuamente, cuando en un cartel leo el nombre del Saltillo, Muruve, Santa Coloma, Parladé, y para habérselas con ganado de esta procedencia figuran en el mismo, toreros secos, matadores de toros, en una palabra, lidiadores para los que la bravura de las reses es un estorbo, me duele el hecho y considero una lástima que se empleen tan mal reses que tan buen empleo podían tener.

¡Y digan lo que gusten los «buenos aficionados»!

Los toros de casta noble y brava, para los buenos toreros; los toros duros y de poder, para esa otra categoría de lidiadores de poder y duros ellos igualmente, en los que el mérito reside precisamente en la emoción que producen con su alarde de valor y facultades.

Y eso sería lo equitativo, y eso lo que realizaría a la fiesta y evitaría decepciones, en el público. Lo demás es hablar en «buen aficionado», de la cual Dios nos libre».

¡Claro que si todos fueran José Gómez, no tendría razón de ser lo que escrito queda! ¡Ah, si todos fueran ese torero! del que dice Bonnat, en un artículo, publicado, al volver de París a Madrid, a los dos años de ausencia:

«Llegó a Madrid, aprovechando la baratura de los trenes botijos, y ¡zás!, el fenómeno dado de baja temporalmente y teniendo que atenerme a uno de los dos bandos: al de Joselito.

He visto 26 toros; es decir, bichos con cuernos, pero sin tanto así de mala intención. ¡Qué 26 ciudadanos pacíficos! ¡Ni uno solo enfadado y con ganas de pelearse!

Carne, mucha carne, en cantidad suficiente para nutrir a todo el ejército mejicano; pero ¡ay!, de bravura más escasos que una bola del puente de Segovia. Con las tremendas fieras que han desfilado por el ruedo madrileño puede resolverse el problema de la alimentación, pero de ningún modo se le puede contentar al que fué aficionado y venía con ansias de ver buenas corridas.

¿Eso toros? ¡Quite usted de ahí! ¡Eso eran unos cuántos muebles pesados y nada más!

¿Y luego?

Luego Joselito, ese Pepito Arriola, del toreo, a quien dejé hecho un zagalón que sabe más que *Quinito*, y me lo encuentro ya doctor y maestro. ¡¡Qué criaturita!...

De todas las faenas que he presenciado estos días, él es el único que me ha dejado recuerdo.

Suave para torear, enterado de todo, ágil, pronto, dominando el toreo como si se lo sacara del bolsillo de la chaquetilla, el nene tiene que le sobra para entusiasmar a los aficionados.

Dos o tres faenas tuyas han sido canela del precio que ustedes quieran. Lo hace todo y todo le sale bien.

¿De verdad, el menor de los *Gallos*, es un mocete que tiene escasos años o es producto de un hechizo, y su figura está compuesta de extracto de todos los toreros grandes que han existido?

¡Pistonudas ovaciones se ha llevado el joven! Las encuentro justificadas, porque para hacer lo que él hace a su edad, ¡vaya si hace falta ciencia torera!

Pero como no todos son el hijo de la señora Gabriela, yo le deseo a Curro Posadas, suerte en sus toros, que le salgan embistiendo derecho, y no dudo que en un par de temporadas el simpático mozo llegará a donde sus buenas condiciones, valentía, y aptitudes para la lidia de reses bravas, le permiten.

Y si otro es mi deseo, que seco me quede.

Para conseguirlo, es decir, para lograr el puesto que desea, yo

me limitaría a darle un consejo que nada tiene que ver con el *clasicismo*, ni el *purismo*, ni demás tonterías con que pretenden amargarnos la vida unos cuantos señores, que ya no saben que predicar para resultar más sabios que los otros.

El consejo me cuesta tanto menos, cuanto que sólo necesito reproducir lo que en el *Arte de ver los toros*, escribí hace unos años:

«En principio puede asegurarse que una suerte tiene tanto más mérito cuanto más cerca de los pitones se ejecute y más vistosamente se remate, es decir, que la mejor será aquella en que se reuna el arte y el valor, que por algo clasificó a la Tauromaquia, el insigne Menéndez Pelayo, como arte que tiene su puesto entre la gimnasia y el baile.

De oír que algunos *sabios* preconizan, eso de torear queda reducido a una continua y metódica preparación del toro a bien morir, para mayor gloria del matador, y cuanto con la fiera se haga tanto con el capote, como con la vara y banderillas no tiene otro objeto que ese: mermar facultades, quitar poder, *ahormar* la cabeza del toro, praa que con el menor riesgo posible cumpla el espada su cometido.

Indudablemente, puesto que el acto más culminante de la tragedia es ese, el de la muerte del toro, nada hay que oponer a que todo se encamine a su mayor brillantez, pero siempre y cuando que no se haga con perjuicio del público, o lo que es lo mismo, del espectáculo, de su animación, de su grandiosidad. Consecuencia natural de aquella teoría es la actual repugnante suerte de varas, cuya depuración artística, esa evolución que ha seguido todo el toreo, la cortó de raíz el concepto de que en ese primer tercio lo interesante es castigar al toro, igual con la puya que haciéndole suspender con la cabeza el peso del caballo y picador.

Ante la orden de un *Guerrita*, a su picador de «que enganche» orden que se ha seguido repitiendo, y es en la actualidad innecesaria, el arte de torear a caballo desaparece en absoluto, la suerte de varas queda reducida cuando más a colocar el puyazo en lo alto, y toda

la maestría del varilarguero a caer reunido con el caballo, después de haberle pegado lo más posible al toro.

Había derecho a esperar que fuera otra cosa, al cabo de doscientos años, el toreo a caballo; pero no es posible que lo sea mientras se pique atendiendo únicamente las conveniencias del matador.

Igual, exactamente igual, ocurriría, y ha ocurrido a veces, con el segundo tercio, si la personalidad del banderillero queda anulada por



las exigencias del espada que ordena que se ejecute la suerte pronto y sin adornos, con el pretexto de que estos descomponen al toro.

Bien que no se abuse de ellos, bien que no se pierda de vista lo que puede beneficiar al matador; pero antes que el matador está el público, el espectáculo mismo, y en obsequios de éstos, todos tienen deber de amenizarlo y cada uno en su cometido a complacer, a dis-

traer al espectador debe tender puesto que el espectáculo en honor del público se hace.

Los que más contribuyen a crear ese estado artificioso de cosas, son la polilla que a sí mismo se llama *aficionados inteligentes*, los cuales además de sostener esas teorías que están muy bien en boca de los interesados, dicen también, por ejemplo, que el caballo herido es el mejor para picar toros, porque «se agarra más», llevando *su saber* hasta hablar en picador o en contratista de caballos, y sin pensar que proclaman una blasfemia, pues el ideal de la suerte de varas



sería que los caballos resultarán ilesos, y ya que no se puede exigir lo ideal, contentándonos sólo con lo que es de humanidad, por el buen nombre de la fiesta, un aficionado, entre el caballo y el picador, debe ser por lo menos neutral.

¡No creo que necesite el espectáculo unos toquecitos más de *barbàire*, sobre todo de esa que no es un accidente de la lidia, sino que

se trata de superponer por una indiferencia que es menos simpática que la misma crueldad!

Quedamos pues, que cuanto en los ruedos se hace y se intenta es para diversión del público, sin perjuicio de que se tengan en cuenta las conveniencias del matador, y siempre y cuando éstas no estén en pugna con los derechos de aquél».

No olvide el joven *Posadas*, que en la plaza todo se hace para divertir al público, y yo le garantizo que el público se lo tendrá en cuenta y que en aplausos, contratas y fama, encontrará el resultado.

Todo eso es lo que al mozo de *Tablada* tenía yo que decirle.

UNO AL SESGO.

Dibujos de *Lizana*.

FIN

... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...
... and the other ...

...

...

...